

Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades

Ernesto VASQUEZ DEL AGUILA
University College Dublin, Ireland
ernesto.vasquezdelaguila@ucd.ie

Recibido: 06-05-2013

Aceptado: 26-11-2013

Resumen

Este artículo presenta reflexiones basadas en evidencia empírica de más de quince años de investigación que he llevado a cabo con varones latinoamericanos en lugares como Lima, Perú; Buenos Aires, Argentina; New York, USA y Dublín, Irlanda. Son reflexiones que muestran las complejidades del proceso de hacerse hombre en diversos contextos culturales. El artículo integra textos clásicos y contemporáneos sobre masculinidades producidos por investigadores de América Latina y del llamado Norte Global.

Palabras clave: masculinidades, hacerse hombre, grupo de pares, gestos rituales de masculinidad

Being a man: some reflections from masculinities

Abstract

This paper highlights some reflections based on empirical research conducted by the author over more than fifteen years with Latin American men, across a range of locations, including Lima, Peru; Buenos Aires, Argentina; New York, USA; and Dublin, Ireland. These reflections show the complexities of becoming men for boys and adolescents in different cultural contexts. The paper integrates classic and contemporary articles about masculinities produced by Latin American researchers and articles from the so-called Global North.

Key words: masculinities; becoming men; male peer group, ritualized gestures of masculinity.

Referencia normalizada

Vasquez del Aguila, E.. (2013). "Hacerse hombre: algunas reflexiones desde las masculinidades". *Política y Sociedad*, Vol.50 Núm. 3 817-835

Sumario: Introducción. 1.El camino de hacerse hombre. 2La casa y la calle en los procesos de hacerse hombre 3.El grupo de pares y los rituales de la masculinidad 4Discursos emergentes sobre masculinidad 5.A modo de conclusiones. Bibliografía

Introducción

La categoría género es una construcción y sistema social de relaciones que se constituye a partir de la simbolización cultural de las diferencias anatómicas entre varones y mujeres, y las relaciones entre ambos. La interacción social mujeres-varones configura esta dimensión relacional de género a partir de la cual se originan las identidades de género, que se perciben como femeninas o masculinas, generándose atribuciones y expectativas sociales y culturales de desempeño de papeles o roles de género, que como dice Lamas (2000), tiene un doble juego, por un lado interpretamos el mundo y por otro constreñimos nuestra vida, en una simbolización cultural de la realidad, que permea nuestra percepción de lo social, lo político, lo religioso y lo cotidiano.

De este modo, el género se constituye en una realidad objetiva y subjetiva en la vida de los sujetos. Esta realidad no requiere justificación para tener existencia en la vida social pues se mantiene por estructuras sociales y culturales así como por ideologías inscritas en los cuerpos y en las mentes de las personas. Esta realidad inobjetable, es elaborada y reelaborada continuamente en base a experiencias y significados que provienen del lenguaje, la cultura, y las relaciones sociales de las que forman parte. Decir que el género es un proceso social significa que no es algo dado ni acabado sino que necesita de tiempo para su conformación a lo largo del ciclo de vida de los sujetos, en la que los resultados pueden ser diferentes y diferir de los modelos hegemónicos o dominantes.

El hecho que a partir de diferencias biológicas de los sexos se hayan construido diferencias culturales para cada uno, nos relaciona con este sistema sexo género (Rubin, 2003), y la estructura de poder de nuestras sociedades, en la que la supremacía del varón se logra a través de la internalización de ciertos roles y significados, y de la negación y represión de otros: mujeres, hombres gay, minorías raciales (Kaufman, 1999; Kimmel, 2005). Todo esto nos remite al ejercicio de poder de los varones sobre las mujeres y de algunos hombres sobre otros hombres.

La masculinidad es una colección de normas y significados que cambian constantemente en el contexto de relaciones inter-género (hombres y mujeres) e intra-género (entre hombres). Hay dos elementos fundamentales en el estudio de las masculinidades: la pluralidad y las jerarquías entre versiones de ser hombre. La pluralidad en las masculinidades nos muestra que hay muchas formas de ser hombres, lo cual varía entre culturas y sociedades, pero también dentro de un mismo grupo humano. Estas variaciones se dan en función de variables como la raza/etnicidad, clase social, orientación sexual, estatus migratorio, edad, entre otras. Al mismo tiempo, en todo grupo humano siempre hay versiones de masculinidad más valoradas que otras. Estas versiones están jerarquizadas en torno a expectativas sociales que configuran versiones “exitosas” y “fallidas” de masculinidad (Monterescu, 2007). Diversas instituciones como la religión, la familia o la escuela, y actores como padres y madres, profesores o amigas, incentivan ciertas representaciones de masculinidad mientras que inhiben o prohíben otras versiones consideradas menos masculinas.

La mayoría del material empírico en el cual se basa este artículo ha sido recolectado a través de trabajo etnográfico, historias de vida y entrevistas en profundidad con varones latinoamericanos. En todo este trabajo, la calidad de las interacciones entre investigador y entrevistados ha estado en el marco de un enfoque reflexivo sobre la importancia de tomar en cuenta las identidades sociales y el rol de la *posicionalidad* del investigador en el campo (Salzman, 2002).

1. El camino a hacerse hombre

Estudios etnográficos en diversas culturas muestran una serie de rituales que adolescentes y jóvenes varones tienen que atravesar para convertirse en adultos. Desde pruebas donde la tolerancia al dolor está presente, ceremonias colectivas de circuncisión hasta la llamada pedagogía homosexual, en la que se pasa de la niñez a la adultez a través de prácticas sexuales con otros varones adultos de la comunidad que actúan como “pedagogos” de estos jóvenes en su camino a hacerse hombres (Gutmann, 1997; Herdt, 1994).

Las representaciones sociales de la identidad de género y de la identidad sexual empiezan a ser internalizadas con las vivencias más tempranas de la niñez, en un proceso continuo a lo largo de toda la vida de los sujetos, por lo que los contenidos que se interioricen de los agentes de socialización estarán en constante conformación y recreación a lo largo de todo el ciclo vital. Discursos sobre ser hombre impartidos por miembros de la familia se superponen y muchas veces entran en conflicto con los impartidos en espacios como la escuela o el grupo de pares. En línea con Butler, la constitución de la identidad de género adquiere estabilidad a través de la *actuación* y el *repudio*. Mediante la actuación, los sujetos actualizan los modelos culturales de ser varón o mujer, y dan realidad a las identidades de género. El repudio nos remite a la fijación del género en cada sujeto a través de todo aquello que no se debe ser o hacer, de lo abyecto, límite en el que el individuo pierde su condición de tal (Butler, 1990).

Otro aspecto importante en la constitución de la identidad masculina es la socialización en patrones de intimidad. Diversos autores reportan el comando social instaurado en diferentes contextos culturales para que los varones no expresen emociones consideradas femeninas como el miedo o la duda, ni ciertas formas de intimidad con otros varones que podrían poner en duda su heterosexualidad (Borneman, 2010; Gutmann, 1997). En muchos casos, los varones aprenden que la amistad con mujeres es imposible debido al supuesto irrefrenable impulso sexual masculino. Igualmente, se han documentado relaciones interpersonales de los varones que se restringen a encuentros sociales donde poco se habla o comparte de experiencias vividas, y los lazos entre varones son de escasa intimidad (Dolguin, 2000; Flood, 2008).

La masculinidad hegemónica es una representación ideal de ser hombre, en torno a la cual los varones construyen su identidad de género. Tal como Connell (1995) y Connell y Messerschmidt (2005) señalan, la masculinidad hegemónica

actúa como una aspiración en lugar de ser una realidad en la vida de los hombres. La existencia de esta versión hegemónica de masculinidad crea la imagen de un “hombre de verdad”, alguien que está por encima no sólo de mujeres sino también de otros hombres, es decir, un ideal de identidad que funciona como identidad de *fachada* más que como algo real (Nolasco, 1997; Olavarriá 2004)¹. De este modo, la constitución de la masculinidad será problemática para los varones, pues no se alcanza a través de intercambios de experiencias interpersonales, sino del logro de imperativos como la demostración de fuerza física o la intensa actividad sexual.

Este modelo de masculinidad que ocupa la posición privilegiada en un modelo dado de relaciones de género es un proceso que implica cuatro dimensiones: *hegemonía*, por la cual, en un momento histórico dado, una forma de masculinidad se acepta como el comportamiento socialmente valorado por sobre las otras; *subordinación*, en la que las masculinidades heterosexuales oprimen y convierten en ilegítimas y repudiadas las masculinidades homosexuales; *complicidad*, al no poder cumplir todos los varones con los imperativos del modelo hegemónico, se establecen “alianzas” entre ellos para sostener la subordinación de la mujer; y, *marginalización*, en la que se cruzan otros aspectos como clase social o raza para producir la exclusión de grupos como minorías raciales o migrantes indocumentados (Connell, 1995, 2000; Connell y Messerschmidt, 2005).

Los mandatos sociales sobre las formas de ser varón y su versión hegemónica de masculinidad están en constante afirmación y tensión pues la masculinidad debe ser probada a los demás y al propio sujeto. Si bien no existe una forma única de masculinidad -pues depende de otras variables ya descritas-, lo importante es que esta masculinidad hegemónica siempre actúa de referente, como el espejo ante el cual jóvenes y hombres adultos se miran para medir su masculinidad. En el contexto latino americano, los varones aprenden que ser hombre consiste en demostrar su masculinidad a través de la negación de dos identidades repudiadas: no ser mujer ni ser homosexual. Adolescentes y jóvenes varones tendrán que enfrentar estos temores y ansiedades y buscar solucionarlos para estar a la altura de lo socialmente esperado en su desempeño como hombre. En este sentido, ser hombre es vivido más como un imperativo que como una realidad ganada, el “eterno masculino”, inmutable y monolítico, se ve resquebrajado por los esfuerzos que los hombres tienen que invertir para lograr su adscripción constante como hombres en todos los ámbitos de su vida social.

En cuanto a la sexualidad masculina, ésta se constituye en permanentes tensiones y contradicciones entre modelos de actuación esperada y las propias vivencias de los sujetos. Tensiones y negociaciones entre deseos sexuales, búsquedas de placer y los dispositivos sociales de masculinidad y sexualidad hegemónicas. En esta construcción social se configuran fronteras de sexualidad masculina, donde la

¹ El proceso de construcción de las identidades en general como ficciones se ha abordado en profundidad en el artículo de Cabezas y Berna en este monográfico.

“pasividad” y el homoerotismo pertenecen al dominio de lo *abyecto* y se delinean pautas sociales para un *desempeño sexual* masculino (Balderston y Guy, 1997; Lancaster, 2003). De esta forma, se instauran diversos dispositivos de género y sexualidad para monitorear la correcta actuación de los varones.

2. La casa y la calle en los procesos de hacerse hombre

Analizar el ámbito doméstico donde el varón desempeña roles y relaciones diferenciadas nos permite acceder no sólo al proceso de configuración de muchas de las representaciones de la masculinidad, sino que también nos posibilita analizar la forma en que se afirman o cuestionan las bases de la identidad masculina, especialmente en lo referido a la sexualidad. El espacio doméstico provee los primeros mensajes de masculinidad y sexualidad y es ahí donde se sientan las bases para la constitución de las identidades de los sujetos.

El universo doméstico o de la *casa* nos remite a un mundo de jerarquías naturalmente instauradas en base a reglas de parentesco, sexo y edad. Como dice Da Matta (1990), en este espacio hay un mayor control de las relaciones sociales, mayor intimidad y menor distancia social. La casa es el espacio de la familia, donde los integrantes se perciben como “mi gente”, los “míos”, otorgando una identidad al grupo familiar. El clásico estudio de Giddens (1992) muestra como en las familias occidentales urbanas, donde por lo general la madre es el referente de contacto más inmediato tras el nacimiento del niño, se da una estandarización y legitimación social que convierte a la paternidad en algo secundario a la maternidad.

En este espacio de socialización familiar el niño empieza su proceso de “hacerse hombre”. En este escenario aprenderá que tendrá que resolver la primera contradicción de ser hombre: que ser hombre es algo “natural”, pero que al mismo tiempo tiene que obtenerse en torno a pruebas e ideales de actuación. Estas pruebas se convierten en imperativos de masculinidad y sexualidad hegemónicas, en desempeños considerados masculinos y heterosexuales. De hecho, en todos los hogares se transmiten una serie de mensajes y pautas de cómo se espera sea un hombre. El aspecto más sublime de esta masculinidad son los valores morales, que se espera sean el guion que los varones actualizarán en su vida pública y privada. Estos valores buscan hacer del varón un “hombre de bien” (Fuller, 2002). Desde el hogar hasta la vida pública, desde su infancia hasta su adultez, los hombres aprenden que hay imperativos a lograr: la protección, la provisión, la responsabilidad, la honestidad, la disciplina, el trabajo, entre otros, los cuales, al ingresar a otros espacios de socialización, se refuerzan o entran en conflicto, ocasionando tensiones que los varones tendrán que resolver para la constitución de sus identidades.

Estos mensajes sobre representaciones de masculinidades hegemónicas se instauran a través de actitudes y otras formas de enunciación que no pasan necesariamente por lo verbal o lo explícito, sino que se construyen a través de dispositivos de enunciación más complejos en los que intervienen actitudes, silencios y frases subliminales que inculcan el padre, la madre, hermanos y hermanas y otros sociali-

zadores al interior del hogar. Ahora bien, en los hogares latinoamericanos los mensajes son claros: se debe ser heterosexual y formar una familia.

La mayoría de varones latinoamericanos, jóvenes y adultos, heterosexuales, bisexuales y homosexuales que he entrevistado en estos años señalan que la sexualidad era un tema ausente en sus familias, el famoso “*de eso no se habla*” es la constante que atraviesa incluso la variable socioeconómica en esta dinámica que algunos autores llaman la cultura del silencio (Alonso y Koreck 1999). Si el tema de la sexualidad aparece en el escenario familiar, ésta se trata en un contexto de profilaxis o prevención, a modo de lecciones para adolescentes varones sobre cómo deben protegerse de mujeres “tramposas” que buscaran atraparlos con el “cuento” del embarazo, hasta conversaciones sobre las enfermedades de transmisión sexual y el VIH/SIDA (Vasquez del Aguila, 2013). Es decir, la dimensión placentera de la sexualidad está ausente en estos discursos familiares.

La transición del mundo de la *casa* al mundo público o de la *calle*, implica adaptarse a un mundo imprevisto y accidentado, donde los niños tienen que descubrir y aprender a convivir con reglas y jerarquías diferentes a las de la casa. Más que espacios distintos, la casa y la calle nos remiten a guiones sociales, ideologías y valores que en algunos casos son sólo válidos para estos espacios, que pueden funcionar como subculturas, y en otros funcionan como prolongación de una de ellas. En este sentido, casa y calle pueden ser concebidas como un *continuum* o prolongación de ciertos elementos de ambos espacios. De esta manera, el grupo de pares, el colegio, los estudios superiores y el espacio laboral pueden competir, oponerse o ser en cierta forma prolongación de ciertas situaciones o valores de la casa u hogar.

El ingreso a la escuela representa para estos niños y adolescentes no sólo participar de una escolarización formal a través de asignaturas y actividades curriculares, sino también el ingreso a un mundo de discursos y prácticas con un “curriculum oculto” de normas y valores sobre masculinidades y sexualidades (Kehily, 2001; Poynting y Donaldson, 2005; Renold, 2007). Este espacio tiene dos agentes diferenciados, el profesorado y las y los compañeros de clase. Respecto al primer grupo, puede decirse que, en cierto sentido, son una continuación del estilo familiar. Silencios y omisiones parecieran seguir siendo las actitudes de los docentes frente a la sexualidad, pues incluso, en los casos en los que la sexualidad está en la agenda del colegio, ésta sólo ingresa como parte de la fisiología del cuerpo o la prevención de enfermedades. Las todas otras dimensiones de la sexualidad siguen estando excluidas.

A diferencia de la socialización impartida en la familia, en espacios como el colegio y el grupo de pares, los sujetos ya tienen los cimientos de su identidad constituidas y los nuevos contenidos no son la *realidad en sí misma*, pues el sujeto es más consciente de estos procesos y puede contrastar los valores y la moral de otros agentes socializadores (Fuller, 2002; Vasquez del Aguila, 2013). Sin embargo, el sujeto debe aprender nuevos guiones de actuación, iniciar nuevas relaciones significativas y *solucionar* las tensiones o conflictos en su sistema de representaciones. La

calle tiene sus propios guiones de lo que significa ser hombre y los varones tienen que aprenderlos y actuarlos.

Aunque pareciera que, en general, existe mayor apertura a discutir temas de diversidad sexual y género en escuelas mixtas que en aquellas de solo hombres, la mera condición de escuela mixta no asegura necesariamente menor rigidez de los modelos tradicionales de género y sexualidad (Vasquez del Aguila, 2000). Muchos varones tanto de escuelas mixtas como de aquellas segregadas por sexo narran historias donde podemos ver la instauración de dispositivos de disciplinamiento sexual y de género a través de prácticas discursivas que buscan crear lo que Foucault (1990) llama la “verdad regulada” sobre sexualidad. A través de mensajes explícitos e implícitos, la escuela transmite valores que refuerzan las fronteras de lo permitido y prohibido, de lo que es incentivado y repudiado.

La importancia mayor del colegio en la constitución de representaciones sobre sexualidad y masculinidad son, por retomar el segundo grupo y escenario, sin duda, las y los compañeros de clase. En este sentido, el colegio para algunos entrevistados es una prolongación de los espacios de amistad que tienen con pares del barrio, y para otros, aquellos que no tenían un grupo de pares en el barrio, se convierte en el primer espacio de interacción y creación de un grupo de amigos, con los que en última instancia se comparte el proceso de construir su masculinidad y sexualidad, lejos de los socializadores mayores.

3. El grupo de pares y los rituales de la masculinidad

Por lo general el grupo de pares está conformado por un grupo de amigos del mismo rango etáreo y posibilita el inicio de relaciones más *democráticas* que las existentes entre padres e hijos. Estas relaciones están basadas en amistad y empatía más igualitarias, con interacciones entre los sujetos en los que se pueden sopesar y cuestionar las reglas de conducta “naturalizadas” en el espacio familiar. La importancia del grupo de pares en las sociedades occidentales modernas en la formación y comportamiento de los niños y adolescentes varones al separarlos del ámbito familiar, radica en introducirlos de lleno en los ámbitos masculinos por excelencia: la calle y el espacio público. Es, además, en el grupo de pares donde se consolidan los límites y fronteras de la identidad masculina, a través de la actualización de gestos rituales de masculinidad y sexualidad, que funcionan como modelos ritualizados, ambiguos, arbitrarios, repetitivos y socialmente provocados, y que buscan configurar este orden social a través del pasaje obligatorio de adolescentes y jóvenes por ciertas pruebas que aseguren su pertenencia al grupo.

Por ejemplo, el consumo de alcohol y la primera experiencia de “borrachera” es un ritual muy común para adolescentes en su viaje a convertirse en varones (Kimmel, 2008; West, 2001). Los varones participan en una cultura de beber alcohol que premia a los que saben tomar “como hombres” y censura a los que fallan. Por otro lado, en cuanto a la fortaleza física, lo más importante es sobresalir en deportes considerados masculinos como el fútbol (Archetti, 2001), donde la expectativa no

es ser un experto en deportes, sino participar activamente en ellos sin dar muestras de temor por la rudeza del juego (Vasquez del Aguila, 2013).

Estos gestos rituales buscan y sirven para separar a los “normales” de los “fronterizos”, en base a una pedagogía de modelos de masculinidad y sexualidad, construida sobre anécdotas, bromas o historias que norman lo que el “verdadero hombre” debe ser capaz de soportar ante la amenaza y el riesgo constante de asemejarse o “convertirse” en “anifiado”, mujer o “maricón”. Estos gestos rituales circulan entre los amigos y sirven para clasificar y asegurar la heterosexualidad de los varones, cohesionando el grupo a través de reforzar la identidad sexual de los participantes.

La literatura sobre violencia y masculinidad muestra como los varones, en diferentes contextos culturales, son los más propensos a ser víctimas de la violencia de otros varones. Esta violencia va desde bromas pesadas, peleas hasta violencia más seria como el *bullying* o el abuso físico y sexual (Kahn, 2009; Messerschmidt, 2000; Sabo, 2005). Lo más dramático de esta violencia es que en muchos casos permanece invisible debido a la presión social sobre los varones de defenderse como “hombres de verdad” (Manninen et al., 2011; Nilan et al., 2011). De hecho, con frecuencia los niños que cuentan la violencia de la que son víctimas, son censurados por débiles o cobardes y lanzados al ruedo a devolver el golpe con otro golpe sin importar cuán poderoso pueda ser el opresor.

En un clásico estudio con adolescentes brasileros DaMatta (1997) muestra como la *brincadeira* (broma) “*tem pente ahí*” (hay un pene ahí) llama la atención sobre una parte sagrada del cuerpo masculino: el trasero. El verdadero hombre no debe tener sensibilidad ni reaccionar con violencia si un amigo le toca el trasero en el contexto de la broma; sino que debe mostrar la esperada “fingida indiferencia” y buscar devolver la broma. Una reacción diferente se asocia con un trasero “*ya comido*” (homosexualidad pasiva). Fachel Leal y De Mello Boff (1996) describen *duelos verbales* entre adolescentes, en los que los elementos lúdicos, jocosos y de ofensa están siempre presentes. Estos desafíos de masculinidad, son elementos para la construcción de una identidad de grupo, de una masculinidad ambigua y en constante prueba, pues a la par que estos duelos verbales pueden ser vistos como intercambios de una relación sexual simbólica en la que se pasa de “activo” a “pasivo” dependiendo del rol contextual, también sirven para configurar representaciones de lo masculino hegemónico, del ideal al que todos los varones deben intentar llegar por temor a ser los marginados y repudiados a las fronteras.

La relación compleja de homoerotismo y homofobia evidencia el precio de la masculinidad y la sexualidad hegemónicas como una constante vigilancia de las emociones y de los gestos del propio cuerpo. Lo interesante de gestos rituales homoeróticos es su ambigüedad interna, pues los varones que hacen la broma son también potenciales “maricones” pues podrían ser “comidos” por otros varones en este juego de reafirmación de las fronteras de la masculinidad y heterosexualidad (Vasquez del Aguila, 2013). Estos gestos no se diferencian mucho de las pruebas que otros varones de contextos “no occidentales” tienen que pasar como requisitos para adquirir su status de hombre en la comunidad.

De esta forma, el grupo de pares es uno de los espacios más importantes en la producción de masculinidad, tanto en la época de niñez como adultez. Estos grupos proveen a los hombres espacios para construir discursos y performances de masculinidad consideradas adecuadas y valoradas por el grupo. Los miembros del grupo actúan como “policías de género”, vigilando, enseñando, y penalizando gestos de masculinidad que no corresponden a un verdadero hombre. El alardeo de grupo tiene otra función muy importante en esta producción de masculinidad: la cohesión y la constitución de identidad masculinas. Niños, adolescentes y hombres adultos aprenden que para convertirse en hombres tienen que rechazar y repudiar la feminidad y la homosexualidad (Garlick, 2003; Kimmel, 2005; Lancaster, 2003). En este sentido, la masculinidad se construye a través del rechazo de estas dos fronteras que son del dominio de lo abyecto.

La heterosexualidad es central en la producción de masculinidad en las sociedades occidentales pues a través de las relaciones heterosexuales los hombres ganan respeto y status en sus grupos sociales. La heterosexualidad se practica y ejerce a través de estos guiones de género y guiones sexuales. Varones y mujeres son socializados bajo un solo supuesto: la heterosexualidad, la cual se presenta como la única realidad posible e inevitable (Rich, 1980). De esta forma, adolescentes y jóvenes aprenden a *pensar* y a *actuar* como heterosexuales (Ingraham, 2005), especialmente en ámbitos homosociales al interior de estos grupos de pares. La sexualidad heterosexual se instaura en el grupo en torno al *fantasma normativo* de la homosexualidad, cuya versión pasiva, se constituye en la última frontera de la masculinidad. Este imperativo está tan arraigado en los varones que no se cuestiona su “naturalidad”, se asume que no existe otra opción posible para un hombre. Sin embargo, esta frontera repudiada está siempre presente como la advertencia para un verdadero hombre, y de hecho el mecanismo no funciona en “positivo” sino por negación: no se es homosexual, entonces se es heterosexual y, por lo tanto, “hombre”. Para demostrar esta pertenencia, el varón tiene que representar ciertos gestos rituales de masculinidad que serán descritos a continuación.

Homofobia y homoerotismo son aspectos fundamentales de los espacios homosociales en grupos de varones heterosexuales. La homosocialidad, entendida como relaciones sociales entre personas del mismo sexo sin objetivo sexual o romántico (Sedgwick, 1985) facilita los lazos entre hombres a través de la exclusión de mujeres y de los hombres no considerados masculinos. Discursos y prácticas homofóbicas actúan como *performances* que los hombres tienen que demostrar delante de sus pares varones. La centralidad de la homofobia en la constitución de la identidad masculina ha sido ampliamente tratada, siendo las bromas y juegos homofóbicos parte activa de las relaciones entre hombres desde la juventud a la adultez (Kimmel, 2005; Lancaster, 2003; Pascoe, 2007).

Otro aspecto central de la homofobia es su carácter disciplinador y educador sobre guiones de género. En un estudio etnográfico en colegios de Estados Unidos, Pascoe (2007) muestra como la actuación e invocación de actitudes homoeróticas no es solo una identidad ligada a jóvenes gays, sino fundamentalmente un mecanismo para enseñar a los varones como producir masculinidades apropiadas. Evi-

dencia empírica en mi propio trabajo con varones latinoamericanos evidencia la centralidad de la categoría “maricón” en la vida de los varones, independientemente de su orientación sexual. En este sentido, esta categoría repudiada y temida sirve para asegurar que jóvenes heterosexuales sigan el libreto esperado: “eres un maricón/marica” es una forma de asegurar que varones heterosexuales no crucen las fronteras de lo abyecto. En el caso de varones no heterosexuales, la categoría maricón tiene el agravante de la violencia y discriminación de la que son objeto las minorías sexuales en nuestras sociedades.

Los modelos de masculinidad socialmente valorada o hegemónica se inscriben en imperativos de sexualidad activa, lo cual implica un aprendizaje de los libretos y códigos de la sexualidad para que el varón sea valorado en el grupo de pares (Quintana y Vasquez del Aguilera, 1997). Para lograr esto, se crean discursos y se actualizan gestos en los que el alarde sobre mujeres conquistadas asegura la aceptación y valoración grupal, con lo que se instauran distancias entre las “cosas que se hacen” y las “cosas que se dice que se hacen” en la vida sexual (Flood, 2008). En el grupo, se sabe cuando las historias son verdaderas o falsas, pero eso no es lo importante. El alardeo no busca la verdad de las experiencias sino que es un gesto ritual con una funcionalidad contextual, es decir, es válido mientras sirva a la cohesión del grupo y a la consolidación de las identidades. En la subjetividad de los sujetos, las experiencias personales pueden ser negativas, pero está la presión por alardear, incluso sobre las primeras masturbaciones, que podían no ser satisfactorias, aún cuando algunos tuvieran un aprendizaje anterior por esta enseñanza de varones mayores del grupo de pares.

El alardeo sexual es central en la constitución de la identidad de género de varones latinoamericanos. A través de estos gestos rituales de masculinidad se instaura una doble moral para una sexualidad que se vive con la novia formal o estable y otra sexualidad para con las parejas ocasionales. Para muchos varones latinoamericanos, la novia formal se considera objeto de respeto y lo que se hace con ella no se habla, con lo que, el sexo del cual se alardea con los amigos es el desarrollado con parejas ocasionales. En este contexto, además, se configuran las “tipologías” más estereotipadas sobre mujeres y varones (principalmente gays o considerados menos masculinos) que no pertenecen al grupo. Para algunos varones esta necesidad de alardear de sus proezas sexuales frente a otros varones irá cambiando con el paso de los años cuando las expectativas de actuación masculina se ubiquen en otros campos como el éxito laboral y ejercicio de poder sobre mujeres y sobre otros hombres.

El imperativo de demostrar una sexualidad heterosexual presupone la actuación de dos mecanismos básicos: confirmación de la heterosexualidad y el *debut* sexual, en los que se representan ciertos gestos rituales de sexualidad y masculinidad hegemónicas.

Una forma de demostrar la heterosexualidad es a través del domino de todo lo relacionado a la sexualidad, tanto la propia como la sexualidad de las mujeres: conocer a las mujeres y su sexualidad es un imperativo y el varón debe dar muestra de interés constante por ellas. Sin embargo, conocer el universo femenino no implica pasar mucho tiempo con ellas, ni mucho menos ser parte de este mundo que en

algunos casos llega a ser del dominio de lo “prohibido”, con lo que este universo es un misterio que muchas veces queda en supuestos o imágenes construidas al interior de los grupos de varones, en donde lo más importante es conquistar a las mujeres, no ser su amigo.

Esta confirmación de la heterosexualidad descansa en un rito de iniciación que todos los varones deben pasar: el “debut” sexual. Este acontecimiento es un hito en la identidad de género y en la identidad sexual de los varones pues es el certificado que asegura la heterosexualidad del varón en el grupo, que refuerza su masculinidad. Esta situación es particularmente difícil para los adolescentes gays, en especial, para aquellos que no han hecho pública su orientación sexual. Estos jóvenes desarrollan estrategias para lidiar con estos imperativos y no participar de las *pedagogías sexuales* que los amigos de mayor edad desarrollan con los menores a ser iniciados, al tiempo que tendrán que encontrar las estrategias, formas y niveles para “*salir del closet*” (Vasquez del Agila, 2012).

En los trabajos con varones tanto heterosexuales como homosexuales, he podido constatar que a pesar que la actividad sexual, el debut sexual y el alardeo sobre desempeños sexuales son importantes para la constitución de la identidad masculina, sin embargo, lo que los varones más valoran en su proceso de hacerse hombres es la adquisición de valores morales y fortaleza emocional. Como vimos, la fortaleza emocional y el imperativo de ser un hombre de bien son valores altamente valorados en el ámbito familiar y el grupo de pares no está ausente de estos imperativos morales.

La fortaleza emocional se instaura en el grupo a través de imperativos de valentía, de la eliminación de manifestaciones de “debilidad” y de las muestras de seguridad ante peleas o situaciones de riesgo. El mandato es que el varón no puede dudar o vacilar frente a los retos pues siempre debe mostrar seguridad, decisión y valentía. Si en la casa el imperativo era ser honesto, trabajador y honrado, con los amigos el imperativo es ser solidario, amigo fiel, leal e incondicional. Y, en ambos espacios los varones tienen que reconciliar sus identidades integrando discursos morales de actuación masculina.

4. Discursos emergentes sobre masculinidad

Los medios de comunicación, principalmente la televisión e Internet facilitan la transformación de relaciones sociales, discursos y prácticas. Niños, adolescentes y jóvenes de sociedades urbanas invierten un tiempo considerable consumiendo estos medios, los cuales ofrecen un espacio privilegiado para analizar la conformación de sus identidades modernas. Los medios de comunicación producen y reproducen modelos de masculinidad que, en algunos casos, puede reforzar los discursos hegemónicos y, en otros, cuestionar estos ideales de actuación ofreciendo modelos y mensajes alternativos de masculinidad. De hecho, algunos aspectos de la estética masculina se reconfiguran ante una creciente presión social y de consumo de medios por “verse bien”, y lo que antes se consideraba poco masculino en el arreglo

personal es hoy una constante que no cuestiona las identidades de los hombres. La autoimagen masculina para el cortejo y la conquista de parejas sexuales sufre un desplazamiento de imágenes de varones exentos de exigencias de cuidado estético, hacia varones preocupados por una imagen más cercana a la “metrosexualidad”.

Por ejemplo, un aspecto destacado en la identidad de jóvenes de clase media urbana son las constantes alusiones a las búsquedas de ampliación de su moratoria social, esto es, de no asumir responsabilidades ni compromisos definitivos (Borne man, 2010), una situación que se acentúa cuanto mayor es el nivel económico y la escolaridad de los jóvenes entrevistados. Esta ampliación de la moratoria se centra básicamente en aspectos como la educación y en extender el tiempo para el inicio de la formación de una familia, de forma tal que algunos pilares de la masculinidad hegemónica como el imperativo de ser proveedor se relativizan en esta generación.

Por otro lado, como han registrado Allen (2003) y Redman (2001), las adolescentes y jóvenes de sociedades urbanas occidentales presentan discursos emergentes de sexualidad y masculinidad que cuestiona los límites de la masculinidad hegemónica. Evidencia empírica en diversos contextos sociales urbanos muestran como los varones jóvenes se sienten crecientemente más cómodos de expresar sus emociones, desarrollar relaciones amicales con mujeres y otros varones (Allen, 2003; Gilmartin, 2007). Estos discursos y prácticas emergentes nos alertan sobre la necesidad de considerar los cambios en las masculinidades y prestar atención a las tensiones entre versiones emergentes y hegemónicas de las mismas.

5. A modo de conclusiones

Los adolescentes y varones aprenden desde muy temprana edad que la sexualidad masculina se constituye en torno a fronteras delimitadas que actúan como un repudio a lo que se considera dominio de lo abyecto, de aquello que un varón, para ser valorado como tal, no debe cruzar jamás: la feminidad y la homosexualidad pasiva. Estas fronteras de la sexualidad masculina están centradas en el fantasma normativo del sexo que coloca al homoerotismo y a la pasividad, como fronteras que un “verdadero hombre” no debe pasar jamás.

Tanto el espacio doméstico representado por la casa como el espacio público representado por la calle no son universos excluyentes sino que funcionan como escenarios interconectados en un *continuum* de relaciones, y existen, a su vez, otras instituciones o espacios de socialización como escenarios en los que se inscriben los dos anteriores, siendo los límites e influencia de los discursos y prácticas aprendidos en la familia y en el grupo de pares difíciles de determinar.

Mientras que algunos varones cumplen exitosamente las pruebas e imperativos de masculinidad y sexualidad hegemónicas; otros varones, en cambio, viven esta situación como pruebas inalcanzables y la amenaza en convertirlos en masculinidades fallidas. La presión social sobre adolescentes y jóvenes varones está en estrecha relación a la adscripción a pautas de masculinidad hegemónica, por lo que aquellos varones que estuvieron más cercanos a estos modelos dominantes no sintieron los

imperativos para “hacerse hombres” dado que muchos de ellos ya los cumplían. De hecho, ellos vivieron “naturalmente” su adscripción a este rol hegemónico y, en algunos casos, fueron incluso ellos quienes presionaron a sus pares para cumplir con el mandato social dominante. Los adolescentes y jóvenes aprenden a negociar sus propias experiencias con las inalcanzables expectativas sociales de hombres de verdad; aprenden que ciertos “logros” pueden ocultar o minimizar otras “fallas”, por ejemplo, mediante la pertenencia a grupos de varones “duros” que refuerzan la hegemonía y desplazan posibles torpezas o fallas en otras actividades masculinas (por ejemplo, no sobresalir en deportes rudos).

En este sentido, la masculinidad hegemónica tiene el poder simbólico de ser el modelo socialmente valorado, pues actúa como el referente frente al cual los jóvenes y adultos miden su masculinidad. Esta versión de masculinidad no es estática, sino que siempre hay tensiones y negociaciones en las relaciones que los varones establecen con otros varones, con las mujeres y consigo mismos. La masculinidad hegemónica no es un tipo de carácter fijo ni inmutable en todo lugar ni en todo tiempo, sino que es una posición siempre disputada, y los varones aprenden desde muy temprana edad que parte del largo viaje de hacerse hombre implica resolver las contradicciones entre el imaginario social y sus propias experiencias personales (Vasquez del Águila, 2013; Viveros, 2002).

Las masculinidades son creadas y recreadas a través de discursos y rituales que actúan como performances en la vida cotidiana de los sujetos. La masculinidad es algo que los niños y adolescentes tienen que ganar a través de pruebas y ritos de pasaje al “mundo de hombres” a través de la demostración de ciertos logros que demuestra la adquisición de una masculinidad valorada por su grupo social.

Los varones también tienen que reconciliar la contradicción entre el aspecto “natural” y aprendido de la masculinidad. Ellos aprenden que a la asociación del varón con tareas consideradas como propias a su sexo, se adiciona el hecho que ser hombre implica pasar por situaciones de prueba, es decir, resolver la tensión entre considerar que ser hombre es algo naturalmente dado y al mismo tiempo el resultado de un proceso de aprendizaje. Y sobre este eje o tensión se configuran las representaciones en las que conviven ambas nociones: las “esencias” masculinas y el proceso nunca acabado de hacerse hombre.

La heterosexualidad normativa es central en la constitución de la masculinidad, pues independientemente de su orientación sexual, niños y adolescentes aprenden que ser hombre es demostrar gestos rituales que la confirmen. El alardeo sexual, gestos de violencia y la homofobia son centrales en este largo proceso de hacerse hombres. La homofobia funciona como un fantasma disciplinario de los libretos de género y sexualidad, y de hecho, a día de hoy, no ser mujer ni ser “maricón” siguen siendo los imperativos más arraigados en la vida de varones latinoamericanos.

En consecuencia, a partir de la revisión de la literatura y de mis propios trabajos sobre masculinidades y sexualidad con varones latinoamericanos, considero que existen cinco mecanismos principales en el proceso de hacerse hombre: 1) el rechazo del mundo femenino y actitudes consideradas femeninas, 2) el rechazo de la

homosexualidad pasiva y un manejo adecuado de la homofobia y el homoerotismo, 3) el desempeño sexual heterosexual y alardeo sobre estas performances, 4) la toma de riesgos y los gestos de violencia, y 5) la incorporación de valores morales (Vasquez del Aguila, 2013). Este es el viaje que todo hombre tiene que atravesar, reconciliando contradicciones y acumulando en el camino capital masculino.

Finalmente, estas reflexiones sobre la masculinidad de varones latinoamericanos no implican la “reificación” de las masculinidades en esta región. Las masculinidades no son estáticas sino que están en constante transformación, incluso al interior de un mismo contexto cultural. Adicionalmente, aproximarnos al estudio de las masculinidades implica analizar relaciones de inequidad entre varones y mujeres pero también tener en cuenta las jerarquías de poder entre los varones.

Los varones tienen que aprender a reconciliar las contradicciones entre expectativas de ser un hombre de bien y representar los valores más nobles de la masculinidad como responsabilidad, honestidad y trabajo, con expectativas de ser conquistador de mujeres, buen tomador de alcohol y alardear sobre sus conquistas. Los adolescentes y jóvenes varones tienen que aprender que en este difícil camino de hacerse hombres su tarea más importante es integrar estas contradicciones inherentes a la masculinidad.

Nota:

Esta publicación ha sido producida con el financiamiento de HERMES European Project (2011–2013) del Daphne III Programme, Comisión Europea. El contenido de esta publicación es de sola responsabilidad del autor y no refleja necesariamente la posición de la Comisión Europea.

Bibliografía

- Allen, L. (2003) "Girls Want Sex, Boys Want Love: Resisting Dominant Discourses of (Hetero)sexuality", *Sexualities*, 6(2):215-236.
- Alonso, A. y Koreck, M. (1999): "'Silences': 'Hispanics', AIDS, and Sexual Practices" en Parker, R. y Aggleton, P. (eds.), *Culture, Society and Sexuality: A Reader*, (Pp.267-283), London: University College London.
- Archetti, E. (2001): *El Potrero, la Pista y el Ring. Las Patrias del Deporte Argentino*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Balderston, D. y Guy D. J. (eds.) (1997): *Sex and Sexuality in Latin America*. New York: New York University Press.
- Borneman, J. (2010): "European Rituals of Initiation and the Production of Men", *Social Anthropology*, 18(3):289-301.
- Butler, J. (1990): *Gender Trouble. Feminism and the Subversion of Identity*. New York: Routledge.
- Connell, R. (1995): *Masculinities*. Berkeley: University of California Press.
- Connell, R. (2000): *The Men and the Boys*. Berkeley: University of California Press.
- Connell, R. y Messerschmidt, J. W. (2005): "Hegemonic Masculinity: Rethinking the Concept", *Gender & Society*, 19(6):829-859.
- DaMatta, R. (1990): *Carnavais, Malandros e Herois. Para Uma Sociologia do Dilema Brasileiro*. Rio de Janeiro: Guanabara.
- DaMatta, R. (1997): "Tem Pente aí? Reflexões Sobre a Identidade Masculina", en Caldas, D. (ed.), *Homens. Comportamento Sexualidade Mudança, Identidade, Crise e Vaidade*, (Pp.31-49), São Paulo: Senac.
- Dolgin, K. (2000): "Men's Friendships: Mismeasured, Demeaned, and Misunderstood?", en Cohen, T. (ed.), *Men and Masculinity*, (Pp.103-117), Stamford: Wadsworth Thompson Learning.
- Fachel Leal, O. y De Mello Boff, A. (1996): "Insultos, Queixas, Sedução e Sexualidade: Fragmentos de Identidade Masculina en uma Perspectiva Relacional", Parker, R. y Barbosa, R.M. (eds.), *Sexualidades Brasileiras*, (Pp.119-135), Rio de Janeiro: Relume Dumará.
- Flood, M. (2008): "Men, Sex and Homosociality. How Bonds between Men Shape Their Sexual Relations with Women", *Men and Masculinities*, 20(3):339-359.
- Foucault, M. (1990): *The History of Sexuality. An Introduction*. New York: Vintage Books Edition.
- Fuller, N. (2002): *Masculinidades. Cambios y Permanencias*. Lima: PUCP.
- Garlick, S. (2003): "What is a Man? Heterosexuality and the Technology of Masculinity", *Men and Masculinities*, 6(2):156-172.
- Gilmartin, S. (2007): "Crafting Heterosexual Masculinities on Campus: College Men Talk about Romantic Love", *Men and Masculinities*, 9(4):530-539.
- Giddens, A. (1992): *La Transformación de la Intimidad. Sexualidad, Amor y Erotismo en las Sociedades Modernas*. Madrid: Cátedra.
- Gutmann, M. (1997): "Trafficking in Men: The Anthropology of Masculinity", *Annual Review of Anthropology*, 26:385-409.

- Herdт, G. (1994): *Guardians of the Flutes: Idioms of Masculinity*. Chicago: University Chicago Press.
- Ingraham, C. (2005): "Introduction: Thinking Straight", en Ingraham, C. (ed.), *Thinking Straight. The Power, The Promise, and the Paradox of Heterosexuality*, (Pp.1-14), New York: Routledge.
- Kahn, J. S. (2009): *An Introduction to Masculinities*. West Sussex: Wiley-Blackwell.
- Kauffman, M. (1999): "Men, Feminism, and Men's Contradictory Experiences of Power", en Kuypers, J.A. (ed.), *Men and Power*, (Pp.77-106), New York: Prometheus Books.
- Kehily, M. (2001): "Bodies in School. Young Men, Embodiment, and Heterosexual Masculinities", *Men and Masculinities*, 4(2):173-185.
- Kimmel, M. (2005): "Masculinity as Homophobia: Fear, Shame, and Silence in the Construction of Gender Identity", en Kimmel, M. (ed.), *The Gender of Desire. Essays on Male Sexuality*, (Pp.25-42), New York: State University of New York.
- Kimmel, M. (2008): *Guyland. The Perilous World Where Boys Become Men*. New York: Harper.
- Lamas, M. (ed.) (2000): *El Género. La Construcción Cultural de la Diferencia Sexual*. México: Grupo Editorial Miguel Ángel Porrúa.
- Lancaster, R. (2003): "That We Should All Turn Queer?": Homosexual Stigma in the Making of Manhood and the Breaking of a Revolution in Nicaragua", en Parker, R. y Aggleton, P. (eds.), *Culture, Society and Sexuality: A Reader*, (Pp.104-122), London: Routledge.
- Manninen, S., Huuki, T. y Sunnari, V. (2011): "Earn Yo' Respect! Respect in the Status Struggle of Finnish School Boys", *Men and Masculinities*, 14(3):335-357.
- Messerschmidt, J. (2000): "Becoming "Real Men". Adolescent Masculinity Challenges and Sexual Violence", *Men and Masculinities*, 2(3):286-307.
- Monterescu, D. (2007): "Palestinian Gender Ideologies and Working-Class Boundaries in an Ethnically Mixed Town", en Sufian, S. y Levine, M. (eds.), *Reapproaching Borders: New Perspectives on the Study of Israel-Palestine*, (Pp.177-197), Lanham: Rowman & Littlefield.
- Nilan, P., Demartoto, A. y Wibowo, A. (2011): "Young Men and Peer Fighting in Solo, Indonesia", *Men and Masculinities*, 14(4):470-490.
- Nolasco, S. (1997): "Um 'Homem de Verdade'", en Caldas, D. (ed.), *Homens. Comportamento Sexualidade Mudança, Identidade, Crise e Vaidade*, (Pp.13-31), São Paulo: Senac.
- Olavarria, J. (2004): "Masculinidades, Poderes y Vulnerabilidades", en Cáceres, C., Frasca, T., Pecheny, M. y Terto Jr., V. (eds.), *Ciudadanía Sexual en América Latina: Abriendo el Debate*, (Pp.287-301), Lima: UPCH.
- Pascoe, C. J. (2007): *Dude You're a Fag. Masculinity and Sexuality in High School*. Berkeley: University of California Press.
- Poynting, S. y Donaldson, M. (2005): "Snakes and Leaders. Hegemonic Masculinity in Ruling-Class Boys' Schools", *Men and Masculinities*, 7(4):325-346.

- Quintana, A. y Vasquez del Aguila, E. (1999): *La Construcción Social de la Adolescencia. Género y Salud Sexual en Adolescentes Jóvenes de El Agustino*. Lima: Instituto de Educación y Salud.
- Redman, P. (2001): "The Discipline of Love. Negotiation and Regulation in Boys' Performance of a Romance-Based Heterosexual Masculinity", *Men and Masculinities*, 4(2):186-200.
- Renold, E. (2007): "Primary School 'Studs'. (De)constructing Young Boys' Heterosexual Masculinities", *Men and Masculinities*, 9 (3): 275-297.
- Rich, A. (1980): "Compulsory heterosexuality and Lesbian Existence", *Signs*, 5(4):631-660.
- Rubin, G. (2003): "Thinking Sex: Notes for a Radical Theory of the Politics of Sexuality", en Parker, R. y Aggleton, P. (eds.) *Culture, Society and Sexuality: A Reader*, (Pp.150-187), London: Routledge.
- Sabo, D. (2005): "The Study of Masculinities and Men's Health: An Overview", en Kimmel, M., Hearn, J. y Connell, R. (eds.), *Handbook of Studies on Men & Masculinities*, (Pp.326-351), Thousand Oaks: Sage.
- Salzman, P. (2002): "On Reflexivity", *American Anthropologist*, 104(3):805-813.
- Sedgwick, E. (1985): *Between Men: English Literature and Male Homosocial Desire*. New York: Columbia University Press.
- Vasquez del Aguila, E. (2000): "El placer sexual masculino. Masculinidades y sexualidades en los relatos de vida de varones adultos jóvenes de Buenos Aires", MA, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Buenos Aires.
- Vasquez del Aguila, E. (2012): "God Forgives the Sin but not the Scandal: Coming Out in a Transnational Context – between Sexual Freedom and Cultural Isolation", *Sexualities*, 15(2):207-224.
- Vasquez del Aguila, E. (2013): *Being a Man in a Transnational World: The Masculinity and Sexuality of Migration*. Routledge: New York City.
- Viveros, M. (2002): *De Quebradores y Cumplidores: Sobre Hombres, Masculinidades y Relaciones de Genero en Colombia*, Bogota: Universidad Nacional de Colombia.
- West, L. (2001): "Negotiating Masculinities in American Drinking Subcultures", *The Journal of Men's Studies*, 9(3):371-392.